

Cuerpo y plasticidad en *Sin tetas no hay paraíso* de Gustavo Bolívar

Cecilia Noemí Domínguez Montañez
Universidad Autónoma de Yucatán, México
noemi.dominguez.m@gmail.com

Resumen

El presente Artículo de investigación analiza la problemática social de la plasticidad que envuelve a los cuerpos/sujetos, en la novela *Sin tetas no hay paraíso* (2005), del escritor colombiano Gustavo Bolívar Moreno; en la cual, desde nuestra perspectiva, el cuerpo se convierte en metáfora para encarnar una sociedad prostituida y mutilada, debido a las disputas entre los poderes, representados en la novela como el Estado y el Narcotráfico. Los resultados de estos conflictos, que invaden los cuerpos de los agentes sociales, se presentan a través del consumo y la transformación del cuerpo por medio de las cirugías plásticas.

Palabras clave: cuerpo, plasticidad, consumo, prostitución, Narcotráfico.

Body and plasticity in Gustavo Bolivar's novel *Sin tetas no hay paraíso*

Abstract

The present Research Article analyzes the social problematic of the plasticity that wraps the bodies/subjects in the novel *Sin tetas no hay paraíso* (2005), of the Colombian writer Gustavo Bolívar Moreno; in which the body becomes, from our perspective, a metaphor that incarnates a prostituted and mutilated society, this is due to the quarrel between the powers, represented in the novel as the State and the Narcotrafic. The results of these conflicts, that invade the bodies of the social agents, are presented through the consumption and the transformation of the body by the plastic surgery.

Keywords: Body, Plasticity, Consumption, Prostitution, Narcotrafic.

Introducción

Una muestra literaria que refleja la problemática de la plasticidad¹ en lo social, es la novela *Sin tetas no hay paraíso* (2005), del escritor y comunicólogo social, Gustavo Bolívar Moreno. Su obra apunta hacia el cuerpo y sus transformaciones en el discurso social. Este trabajo pretende dar cuenta de tres aspectos representativos en la obra de este autor: la prostitución, las patologías de las cirugías plásticas, y el cuerpo como una metáfora de la nación.

La empresa del cuerpo

El moldeamiento del cuerpo puede considerarse un ejercicio del poder, en el cual el cuerpo/sujeto es manipulado para el consumo de determinados agentes; y, al mismo tiempo, es un consumidor, ya que para moldearse requiere del consumo de tecnologías, maquillajes, ropas, entre otros elementos. *La industria del sexo*² forma parte de los medios de comunicación, la moda, la pornografía, y la prostitución, es decir, de todos aquellos medios en los que el cuerpo se ofrece como mercancía. Dichos medios forman parte de un mismo problema social pero en *planos* diferentes: el conocido tráfico de mujeres, legal/ilegal. Sin embargo, ha sido la sociedad la que ha estigmatizado y puesto en un subnivel las producciones de la pornografía y la prostitución, puesto que socialmente se considera inaceptable que una mujer pueda venderse en estos mercados.

En concreto, el hecho del tráfico de mujeres, sea legal o ilegal, se concibe como una agresión hacia el sujeto femenino, dejando así en el imaginario social el estigma de que al hablar de la prostitución se refiera a la trata de blancas; factor que no toma en consideración a aquellas mujeres que ejercen la venta del cuerpo como un oficio por elección³: “El trabajo sexual es para G algo que se ejerce por gusto; para ella es algo grato. Dice: ‘Es mi cuerpo y puedo hacer con él lo que quiera, y si es mi empresa, mejor’. No está de acuerdo con que sea un oficio sin otra opción” (Hill, 2004: 120). De igual manera, Gustavo Bolívar concede a

¹ Con este término se hace referencia a todo aquello que envuelve el cuerpo, como las cirugías plásticas y los cosméticos, es decir, todo aquello que aparenta ser *natural*.

² En este artículo se entiende por *industria del sexo* aquella que vende un cuerpo, ya sea femenino o masculino.

³ Al respecto pueden encontrarse muchos trabajos de autores como Dolores Juliano (2002), Ricardo Hill (2004), y Paula Villacres (2009). El trabajo de estos investigadores se ha enfocado en considerar a la prostitución como parte del sistema capitalista, sin victimizar a los agentes que la ejercen.

su personaje principal (Catalina) la oportunidad de elegir este oficio, aunque su percepción del mismo se encuentre manipulada por los beneficios del ingreso de capital:

Las dos amigas de Catalina, que meses atrás compartieron el mismo salón de clases en el “Porfirio Díaz” desaparecieron dejando en el ambiente un olor a licor revuelto con tristeza [...]

Sintió dolor y se cuestionó:

-Dios mío, ¿ésta es la vida que quiero?

Miró el billete de 10 mil pesos que le regaló Ximena y luego clavó su mirada en sus tetas para decidir sin mayor discernimiento ni cargo de conciencia:

-A lo bien que sí, ésta es la vida que quiero (Bolívar, 2009: 14).

Si bien, en principio, Catalina titubea entre ejercer o no el oficio de la prostitución, su determinación se presenta con la reafirmación del factor económico. Es así como se confirma que a pesar de la estigmatización, “la prostitución es la salida laboral de un número importante de mujeres y constituye una proporción significativa de la población económicamente activa” (Juliano, 2002: 17); por lo cual, este oficio representa en la novela un medio laboral accesible para los sujetos femeninos de una clase social baja, principal sector que encarna la mano de obra para el Narcotráfico.

Dentro de este mismo escenario de la prostitución, se presentan las cuestiones de género, donde la dinámica del poder determina la posición de las mujeres al servicio del placer de los hombres, de igual forma se hace presente la importancia de la educación, de la cual se ha empeñado en reclamar Gustavo Bolívar para estos sectores marginados, puntualizando la necesidad de reforzar el sistema educativo. La investigación realizada por Ricardo Hill (2004) muestra esta realidad social de los agentes que se prostituyen, aunque también aclara que las situaciones de clase y grados de estudio pueden variar:

I.: ¿Qué estudios tienes?

A.: Nada más primaria.

I.: ¿Por qué no seguiste estudiando?

A.: No sé, no se me dio, es que no fui bueno para estudiar.

I.: ¿Has trabajado en otra cosa?

A.: No...

I.: ¿Por qué?

A.: Porque se me hace más fácil haciendo lo que hago (Hill, 2004:123).

Las razones de la deserción escolar suelen atribuirse mayormente a cuestiones económicas, pero es claro que estas estadísticas generan ciertos arquetipos que condicionan el imaginario y, por tanto, tiende a victimizar a estos agentes. Sin embargo, dentro de la respuesta del sujeto entrevistado, podemos darnos cuenta de que se trata de una *elección*, pues se *justifica* la falta de estudios en la banalidad del *no sé, no se me dio*; igualmente al cuestionar la posibilidad de un trabajo *más honesto*, la respuesta inmediata es que resulta más fácil ejercer el oficio de la venta del cuerpo.

Dentro del texto televisivo de Gustavo Bolívar, el motivo de renuncia escolar también se hace presente ante la *falta de interés* por la educación: “Mi hermano tiene toda la razón, es que vea por ejemplo a mi prima, ésa se pasó toda la vida estudiando y ahora ¿qué está haciendo? Le lava la ropa al marido y éste llega y la ‘casca’ todos los sábados” (Bolívar, 2006: 8:40 min)⁴. Otra manera de justificar la deserción escolar hacia el oficio *fácil*, es culpando al sistema legal (Estado) que no ha generado empleo para las personas capacitadas académicamente, mientras que el sistema ilegal (Narcotráfico) ha generado *millones* de empleos sin la exigencia de un nivel académico medio o superior.

Como puede apreciarse, se contrarresta parte del imaginario de víctima a estos actantes en tanto que en el *tráfico* no son entes totalmente pasivos, sino incursionistas en el mundo capitalista del Narcotráfico. Una vez establecido que la prostitución puede considerarse como una elección de ingreso a un sistema económico, hay que señalar que la palabra *tráfico* hace referencia a una movilidad, la cual puede ubicarse en el tránsito de un sistema a otro: legal/ilegal, Estado/Narcotráfico.

La movilidad hacia un nuevo sistema incluye la negación del anterior y, en correspondencia, la aceptación del nuevo. En este caso, cuando se habla de capitalismo, puede hablarse en términos de clase, raza, etnia, o de situaciones laborales; el sistema se encuentra organizado en función de relaciones de poder: jefe-empleado. Siguiendo esta misma línea de las bifurcaciones en relación con las dinámicas de poder, encontramos

⁴Fuente: <youtube.com>, a través del canal del usuario pedrojdj23 (28 de diciembre de 2011).

las cuestiones de género, las cuales se han determinado a lo largo de la historia que el sujeto masculino sea el consumidor y el sujeto femenino el consumido, dado que “El capitalismo retomó, y reorganizó, ideas del hombre y la mujer que eran muy anteriores” (Rubin, 1997: 41); es decir, que dentro de la construcción del sistema capitalista ya estaba prefijado el papel subordinado de la mujer.

Si dentro del capitalismo encontramos una predisposición al dominio del hombre sobre la mujer, retomando así modelos arcaicos; dentro del Narcotráfico encontramos una jerarquía de patriarcado regido por un sistema de parentesco, los cuales “son y hacen muchas cosas, pero están formados por, y reproducen, formas concretas de sexualidad socialmente organizada” (Rubin, 1997: 47). Tales formas concretas de sexualidad se presentan dentro del orden del Narcotráfico (o mafia), al asignar la labor de servilismo, en este caso sexual, a la mujer. En un sistema de parentesco por jerarquías familiares donde la organización o el cártel es la familia, el Capo viene estableciéndose como la figura del *padrino* tan representativo en la mafia europea, mientras que la prostituta viene siendo la *protegida*, hasta que este último decida cobrarle o retirarle los *favores*.

En este contexto, resulta una contradicción el ingreso a un sistema capitalista en el marco del Narcotráfico, pues si bien la prostituta ejerce la venta de su cuerpo, ésta se ve limitada por la oferta-demanda de sus consumidores; pues, como en una empresa, su condición de *empleadas* no las protege de la bancarrota, mientras que el *empresario* sí cuenta con dicha “*protección*”. Estas situaciones de sujeción se ven reflejadas dentro de la novela en la huida de los traquetos⁵ y la crisis económica que tienen que padecer estas sexo-servidoras, quienes se encuentran sometidas a las normas masculinas que imperan dentro del sistema jerárquico del Narcotráfico:

En todo pensaban los tres capos y sus lugartenientes, en todo: en cómo escapar en caso de que la Interpol los ubicara en los países donde estaban, en cómo y cuándo regresar a Colombia, en la manera de vender algunos bienes [...]. En fin, pensaban en todo, en todo, en todo, menos en Yésica, Catalina, Paola, Ximena y Vanessa, quienes los estaban esperando para

⁵ El traqueteo es un narcotraficante de poca monta y/o en ascenso, que recibe este nombre haciendo alusión al sonido de una metralleta.

que les arreglaran la vida. La cruda realidad era que ellas no figuraban en los planes ni en la memoria de estos “señores” (Bolívar, 2009: 137).

Es decir, que como cualquier empresa inmersa en un sistema capitalista, las crisis económicas sólo afectan a los agentes vulnerables; de este modo se puede entender que la empresa del cuerpo no es un comercio del *todo* individual, pues a pesar de ser la prostituta quien vende su cuerpo, es el narcotraficante quien realmente recibe las ganancias de su comercio. Por otro lado, tenemos que: “Parentesco es organización, y la organización otorga poder” (Rubin, 1997: 53), así que estamos ante una especie de pared de concreto difícil de romper, pues tanto el capitalismo como el sistema de parentesco (jerarquías ya preestablecidas) dentro de este *crimen organizado* de la droga, determinan la subordinación de las prostitutas, condicionándolas a una posición de sujeto-objeto:

Si las mujeres son los regalos, los asociados con el intercambio son los hombres [...] las relaciones en un sistema de este tipo son tales que las mujeres no están en condiciones de recibir los beneficios de su propia circulación. En cuanto las relaciones especifican que los hombres intercambian mujeres, los beneficiarios del producto de tales intercambios, la organización social, son los hombres (Rubin, 1997: 53).

Con la cita anterior podemos recalcar textualmente la condición subyugada de los agentes femeninos en su condición de sujetos-objetos. Efectivamente, a lo largo de la historia y en diferentes culturas, las mujeres se han considerado como una dote u obsequio, ya sea a los amigos o enemigos. Sin embargo, dentro del contexto colombiano que Gustavo Bolívar nos representa, se percibe el retorno a los modelos arcaicos en los que la mujer se mantiene como un objeto de deseo, pero sobre todo intercambiable: “Le dijo que el fin de semana siguiente, los ‘duros’ iban a celebrar el cumpleaños de Morón en una finca y que le habían pedido 60 mujeres, dos para cada uno de los 30 invitados y que le parecía imposible que ‘todos los 30 hijueputas’ la fueran a rechazar” (Bolívar, 2009: 82). Como puede apreciarse en la cita anterior, es debido a la *fidelidad* hacia el cártel que a los miembros de éste se les *premia* con dos mujeres, es de esta forma que Gustavo Bolívar nos da cuenta de que el valor de estos sujetos femeninos recae en su cualidad de regalo, es decir, de objeto.

Dentro del mundo narrado por el autor, las mujeres no tienen cabida en el orden jerárquico del Narcotráfico más que en su sentido de comercialidad. Sin embargo, esta subordinación no es pasiva, pues ya se había señalado que estas entidades no son víctimas, pues a toda acción equivale una reacción, y a toda dominación una emancipación, al menos en teoría, pues:

Se advierte que la subordinación y la condición femenina se redefine a lo largo del ciclo de vida, y que algunas mujeres pueden gozar de poder sobre otras mujeres. Más aún, en el contexto de alta dominación masculina, ésta puede tener como agente dominador a ciertas y determinadas mujeres; al investirles de autoridad, el sistema crea zonas de incertidumbre, divide a las mujeres como género, impide alianzas, la constitución de oposiciones cohesionadas y se legitima como dominación (De Barbieri, 1992: 160).

Un ejemplo dentro de la obra de Gustavo Bolívar es la agencia de modelos de Margot, en la cual apreciamos a un sujeto femenino ya investido con poder, dotado de la autoridad de comercializar a los sujetos de su mismo sexo/género. Pero, del mismo modo, tenemos el ejemplo de un sujeto que es construido e investido de este poder de manipulación; el sujeto femenino que ya ha sido adaptado al sistema y en oposición al personaje de Catalina es Yésica (la *mejor* amiga).

Este personaje ya se encuentra adaptado dentro del sistema, demostrando que dentro del capitalismo, mediante el trabajo, uno pasa de empleado a gerente; del mismo modo que uno pasa de traquete a capo. En este caso, al ascender económicamente y obtener reconocimiento a su labor, pasa de ser prostituta a proxeneta. Pero dentro de este orden de dominación masculina, donde se *divide* a las mujeres dotando a unas de autoridad, el escenario se complica al entrar en juego el papel masculino de *dividir para vencer*, pues son ellos los que confieren la autoridad y, por tanto, también quienes destituyen:

Yésica nunca resistió el surgimiento de Catalina. No soportó que siendo la que menores posibilidades tenía de salir adelante, fuera la que mejor estuviera viviendo. Sintió envidia de que fuera la única que se hubiera casado. Nunca aguantó que su esposo le regalara dinero a manos llenas. Nunca le perdonó que se hubiera dado el lujo de delatar al Titi

[...] Su envidia era del mismo tamaño que sus dotes actorales. Por eso, Catalina jamás notó que Yésica la envidiara tanto y la odiara a muerte [...] aguantó en silencio la envidia que la carcomía por dentro y se dedicó a esperar el momento exacto para empezar a destruirla [...] (Bolívar, 2009: 215).

Aunque Yésica fuese destituida de su autoridad para comercializar el cuerpo de Catalina, la traición que comete contra el personaje principal garantiza el restablecimiento del poder antes perdido, pero, de igual modo, ha legitimado la dominación masculina. La diferenciación entre estos dos personajes, dentro de la obra de Gustavo Bolívar, es importante de señalar, pues entre los agentes que se adaptan y los que no, permanece este *tráfico* que mantiene la estabilidad del *nuevo* sistema capitalista del Narcotráfico.

A pesar de todo lo anterior, la estigmatización del oficio de prostituta no desaparece dentro de este nuevo sistema, puesto que se trata de una constante lucha de poderes en la que las cuestiones de género aún se mantienen, pues la razón por la cual se subyuga a la mujer es porque en realidad se le teme a la consciencia de su poder, en este caso: podemos preguntarnos si las fobias sociales contra la prostitución no enmascaran el temor que la sociedad patriarcal siente ante estas mujeres fuera de la norma. Las teme como modelo que pueda ser seguido por otras mujeres y también como poseedoras de cierto conocimiento sobre las debilidades del sexo fuerte” (Juliano, 2002: 13). Siguiendo la cita de Juliano, uno de los motivos dentro de la obra de Gustavo Bolívar que refleja el temor hacia la prostituta es, precisamente, ese conocimiento de las debilidades de su sexo, pues constituye un modo de manipulación sobre los sujetos masculinos:

Gestando con habilidad mental su venganza, Catalina le siguió el juego y le aseguró que de los tres él era también el que más recordaba, pero empezó a sembrar la cizaña contándole que Caballo le tenía prohibido hablarle [...] en innumerables ocasiones, ella le pidió su teléfono a Caballo y le aseguró que éste se rehusaba a entregárselo, la última vez con un argumento que a ella le parecía bajo y mentiroso. *Orlando se interesó con rabia y le preguntó que cuál*. Catalina le dijo que Caballo

vivía contándole a todo mundo que él era marica y bisexual y que le gustaba por igual las mujeres y los hombres (Bolívar, 2009: 91)⁶.

La habilidad mental de la venganza de Catalina recae en la consciencia de que, en un sistema de fuerte patriarcado, atacar la masculinidad del hombre apunta a un eminente triunfo sobre éste. Es así como Catalina, sin la necesidad de ensuciarse ella misma las manos, logra cometer el homicidio de uno de los tres hombres que la violaron, devaluando su cuerpo al *robarle* su virginidad. Más adelante se vengará de los otros dos dejándolos a ambos impotentes, lo que confiere a Catalina la oportunidad de ejercer una acción-reacción, pues responde a la pérdida de la plusvalía de su cuerpo (la virginidad), al arrebatarse la virilidad de estos sujetos, elemento que les había conferido la dominación sobre ella:

Lo apalearon hasta el cansancio, sobre todo en los genitales, para que jamás se le volviera a ocurrir aprovecharse de una niña [...] El rehén gritaba pidiendo perdón, pero de nada sirvieron sus súplicas. Las mujeres estaban dispuestas a quitarle para siempre el arma con que violaba a las niñas y así lo hicieron. Orlando perdió un testículo, la sensibilidad del glande y la posibilidad de volver a procrear (Bolívar, 2009: 107).

Pero aún con la apropiación y consciencia de las debilidades masculinas, como se ha señalado anteriormente, cuando entra en conjunción el contraponer a la mujer con su mismo sexo/género, se legitima el sistema de patriarcado donde la figura femenina se encuentra confinada a su valor de cambio. Por tanto:

Se sostiene que para el capital –nacional e internacional– esas mujeres subordinadas en razón del género y de clase, le ofrecen una de las manos de obra más baratas y explotables del mercado laboral mundial, porque a la vez de capacidad de trabajo tienen características psicológicas y entrenamiento desde las primeras edades que permiten aumentar los niveles de explotación (De Barbieri, 1992: 164).

Así es como se construye un cuerpo femenino con un valor de cambio, pero con capacidades psicológicas que la predisponen a su condición de

⁶ Cursivas mías.

género dentro del contexto colombiano. No es un sujeto del todo neutral ante el poder que se le impone, puesto que puede ejercer una reacción al concebirse a sí mismo como un objeto comerciable. Sin embargo, al ser un objeto que se consume y se desecha, cumple y legitima de este modo el sistema capitalista del que ha decidido formar parte. Es así como el cuerpo se construye y forma una empresa, sometido a la comercialidad de sí mismo, adaptándose a las demandas de sus propios consumidores.

Consumo de cirugías plásticas: la simulación⁷ de un cuerpo

¿Es una enfermedad la adicción a las cirugías plásticas? ¿No se tratará más bien de una constante renovación del sujeto ante el cambio en el sistema? Si los contextos históricos no han sido estáticos, y los sistemas políticos y sociales se han ido renovando conforme a la incursión de nuevas tecnologías, así también ha debido hacerlo todo aquel sujeto que pretenda ingresar a un determinado sistema. Por tanto, la supuesta patología de las cirugías plásticas, ¿no sería entonces parte de la inserción de estos nuevos sujetos sociales dentro del sistema político del Narcotráfico?

Hablar de patologías sugiere *estigmatizar* aquello que el cuerpo consume, al reducirlo a una enfermedad, cuando en realidad lo que se pretende es la legitimación de un poder mediante la reconstrucción de un cuerpo/sujeto; dicho de otro modo, el consumo inmoderado de las cirugías plásticas se transforma en una acción psíquico-cultural, pues no está siendo impuesta directamente sobre el sujeto por determinado poder, sino a través de sus relaciones interpersonales, es decir, mediante su interacción social.

Plantea Muñiz que “la <<construcción>> es un proceso temporal que opera a través de la reiteración de las normas; en el curso de la repetición [...] la cirugía cosmética cuyo proceso <<desnaturalizador>> constituye no sólo en dominio de la técnica, sino la posibilidad, en muchos casos, de elegir las formas de existir del cuerpo” (2010: 9). Sin embargo, como ya se ha mencionado antes, estas formas de *elección* del cuerpo no son totalmente libres, pues la *construcción*, o en este caso *reconstrucción* del cuerpo existe en la medida en que se reiteran las normas que se le

⁷ Este concepto lo retomo de Antonio Prieto Stambaugh, del artículo “Los estudios del performance: una propuesta de simulacro crítico”, donde nos advierte que “el performance, sea arte o paradigma teórico, es rebelde a la definición. Es por ello necesario abordar estrategias distintas para escribir sobre estos fenómenos, una de las cuales podría ser la del simulacro” (2005: 52).

imponen: “Su cuerpo, cultivado madrugado a madrugada en las calles de Pereira a punta de trotadas interminables, podía ser uno de los mejores y más saludables de mujer alguna, aunque siempre pasaba desapercibida por la ausencia de senos” (Bolívar, 2009: 92); aunque en este sentido, al *cultivar* el cuerpo, también se lo condiciona a un moldeamiento, es decir, a un sometimiento de normas que le impiden ser un ente del todo natural.

Dicho de otro modo, lo *natural* y lo *plástico* no constituyen polos totalmente opuestos, pues a pesar de que el cuerpo no haya sido sometido a un bisturí, su moldeamiento mediante el ejercicio físico lo condiciona a un ser no natural, puesto que ya *no es* lo que era antes, y ha sufrido una transformación condicionada por los estándares sociales. Dichos estándares, asimilados mediante las interacciones sociales, nos condicionan a creer, por ejemplo, que la obesidad es una enfermedad, y ser delgado es sinónimo de salud; mientras que en otros contextos históricos la obesidad era signo de bonanza. Entonces, lo *real* o *natural* no existe sino como una condición social, como plantea Judith Butler en *El género en disputa* (2001):

Lo “real” y lo “sexualmente fáctico” son construcciones fantasmáticas [...] a las que los cuerpos están obligados a aproximarse, aunque nunca puedan [...] las superficies naturales que se presentan *como* lo natural, estas superficies pueden construirse en el sitio de una actuación disonante y desnaturalizada que revela el carácter performativo de lo natural en sí (Butler, 2001: 177).

Siguiendo con la línea de Butler, el cuerpo/sujeto es un ente performativo que no llega a ser natural en sí mismo, sino que simula serlo. El cuerpo transformado mediante una cirugía plástica es un simulacro del cuerpo al que se aspira socialmente, pero al que no se logra llegar, es por eso que la *patología* hacia las cirugías plásticas se transforma en ese ciclo performativo de reiteraciones, es decir, la implantación de ese *disfraz* que simula el ideal.

Es en el simulacro del cuerpo, en su transformación física, donde se encuentran los mecanismos psíquicos que penetran en el desarrollo de la identidad del sujeto, pues cabe señalar que no es el cuerpo el único que está siendo transformado, sino también la psiquis cultural/social del

individuo. Es así que se disfraza al cuerpo, al cubrirlo de normatividades que aparentan ser naturales, y se *re-construye* una identidad para el sujeto, en la medida en que ésta se asume:

lo natural se construye como aquello que además carece de valor; por lo demás, asume su valor al mismo tiempo que asume su carácter social, es decir, al mismo tiempo que la naturaleza renuncia a su condición natural. De acuerdo con esta perspectiva, la construcción social de lo natural supone que lo social anula lo natural (Butler, 2008: 22).

Para Butler, en *Los cuerpos que importan* (2008), el sexo/género es un constructo social que aparenta, en su discurso, ser algo natural. Con lo anterior, la autora niega la existencia de una esencia de la naturaleza que predisponga al ser humano a un determinado patrón de conducta, pues como sujeto social está ligado a las experiencias/acciones que lo *guían* a un comportamiento *propio* en función del sistema social. Con estas *acciones* que recibe y que se ven atadas a una serie de reiteraciones, el individuo va adquiriendo su *propia identidad* en la medida en que “asume, se apropia, adopta una norma corporal, no como algo a lo que estrictamente hablando, se *somete*, sino más bien como una evolución en la que el sujeto, el ‘yo’ hablante, se forma en virtud de pasar por ese proceso de asumir un sexo [...]” (Butler, 2008: 19); en este caso, sucede lo mismo con el sujeto que asume un cuerpo y la identidad que éste representa.

Si la cultura es asimilada por la experiencia social, entonces los mecanismos de poder que normativizan al sujeto se ocultan a través de sus relaciones interpersonales; la manera en que uno asimila un sexo/género es en la medida en que su medio lo representa a sí mismo. Situación similar manifiesta la performatividad del cuerpo como constructo social que se inscribe en una cultura del consumo *plástico*, pues los comportamientos y las *adicciones* se vuelven imitativos, pero en la medida en que se repiten van perdiendo su esencia de origen:

Yésica aprovechó la oportunidad para averiguar por la operación de mentón. Alberto Bermejo le dijo [...] Que cuál de las dos cosas requería, que si aumento o reducción de mentón, porque a decir verdad él no sabía cuál operación le hacía falta, en una clara manifestación de que

ella no necesitaba ninguna de las dos. Ella se miró en el espejo, primero de frente y luego de perfil, *pero no supo responder.* Optó entonces por cotizar una operación para aumentar el tamaño de las nalgas y otra para disminuir el tamaño de los cachetes (Bolívar, 2009: 99)⁸.

Dentro de la cita anterior se puede captar que el cuerpo nunca deja de ser imperfecto y está sujeto a cambios reiterativos, mientras el *no saber qué responder* configura ese poder oculto dentro de la psiquis del sujeto. Igualmente puede verse que ante la serie de reiteraciones en la representación/simulación del cuerpo, se pierde el sentido de origen (y por tanto también de lo real) dado que el cuerpo es imperfecto y no alcanza realmente a convertirse en ese cuerpo ideal.

Pero la identidad, al igual que el cuerpo, tampoco termina de construirse e integrarse por completo dentro del sistema, pues, como ya se ha dicho antes, los contextos no se mantienen estáticos, y el ser humano por *naturaleza* siempre aspira a *algo más*: “Eso le habían contado algunas amigas que sí tenían la visa y eso *le hacían creer*, a cada instante, que le faltaba algo para ser feliz e importante aunque ignorara que, en realidad, para ser feliz e importante le faltaba casi todo” (Bolívar, 2009: 182)⁹. Con lo anterior queda claro también que cuerpo e identidad están ligados a cuestiones de política, por lo cual, el individuo sólo puede pretender imitar el modelo de sujeto político dentro del espacio en que se inscribe.

En el caso presentado por Gustavo Bolívar, se nos da cuenta del conflicto que presenta la sociedad-Narcotráfico como conflicto posmoderno vinculado al círculo vicioso de la reiteración y el no progreso. Dentro de esta cuestión se reitera el hecho de que “la arquitectura corporal es política” (Preciado, 2005: 27), y como tal, responde a los intereses de esta clase emergente, donde la transformación del cuerpo, así como la *división* de las mujeres en el punto anterior, se convierten en una legitimación del poder:

a fuerza de insistir en el hecho de que la feminidad sería el resultado artificial de toda una serie de procedimientos tecnológicos de construcción, la masculinidad, que no necesitaría someterse a su propio

⁸ Cursivas mías.

⁹ Cursivas mías.

poder tecnológico, aparece ahora como paradójicamente natural. La masculinidad resultaría así la única naturaleza que permanece, mientras que la femineidad estaría sometida a un proceso incesante de construcción y modificación. El hecho de que la moda o la cirugía estética hayan tenido durante los dos últimos siglos como objetivo prioritario el cuerpo femenino parecería confirmar esta tesis (Preciado, 2005: 123).

Por supuesto que no puede afirmarse que en todos los sistemas patriarcales esté presente esta verticalidad de poder masculino sobre el cuerpo femenino, pues Beatriz Preciado, con la cita anterior, también sugiere poner en duda la construcción de la masculinidad. Sin embargo, si bien es verdad que tanto al hombre como a la mujer se les construye y moldea de acuerdo con las necesidades del sistema, también es cierto que los niveles de dominación entre uno y otro varían dentro de esta narco-sociedad, cuyo sistema patriarcal es tan arraigado que no hace más que legitimar el dominio de los sujetos masculinos, así como su capacidad de ejercer una transformación sobre los cuerpos femeninos.

Dentro de este panorama de dominación, cabe resaltar las palabras de Judith Butler, en las cuales se presenta: “la noción misma de ‘el cuerpo’, no como una superficie disponible que aguarda significación, sino como una serie de límites individuales y sociales, que se mantienen y adquieren significados políticamente” (2001: 67). Si el cuerpo adquiere significados políticos, los límites –como nos sugiere esta autora– podrían volverse ese punto de resistencia del individuo hacia las inscripciones sobre su cuerpo. No obstante, a pesar de que el cuerpo ha dejado de ser un lienzo blanco en el cual inscribir normatividades, sigue siendo un espacio en el que los mecanismos de poder se escriben y se borran en la medida en que simulan *ser* el ideal que se pretende.

Lo natural ha dejado de existir, o al menos las tecnologías han borrado las fronteras entre lo real y lo plástico, convirtiendo de este modo al cuerpo en lo que Butler y Preciado catalogan como el cuerpo parlante: ese ente en el cual se construyen normas sociales pero que es capaz de negociar con la representación de las mismas. De tal modo que nunca llega a ser lo que el sistema realmente pretende, sino que el discurso se ha vuelto un disfraz; pero en la medida en que el cuerpo es envuelto por el discurso, el poder ejercido queda evidenciado al convertirse en una representación y, por tanto, el cuerpo llega a ser: un cuerpo/nación.

El desdibujamiento de lo literario a lo social: cuerpo/metáfora, cuerpo/nación

El ser humano no es único, o más bien, en su intento por definirse, es que se han inventado y dividido tanto países, regiones y culturas. Cada individuo no es particular, pues responde a una construcción cultural y social, pero ¿cuáles son las características que nos definen?, ¿qué nos hace afirmar que unos sean latinos, norteamericanos o asiáticos? Indudablemente los rasgos físicos hablan de nosotros y, por tanto, nos definen ante los demás y, al mismo tiempo, este cuerpo que habla termina por representar a una cultura/sociedad.

De esta manera, el individuo se va dividiendo en varios bloques que desarrollan entre sí una historia, un contexto, y un simbolismo que nos asigna un determinado imaginario ante el resto de la humanidad. Estas historias, contextos y símbolos, se crean a partir de la capacidad de leer al cuerpo entendiendo que “posee diferente importancia en tiempos y lugares diferentes, y por esta razón no puede ser [...] estático. Como tema de análisis social y cultural, el cuerpo representa/ilustra la naturaleza cambiante de una entidad biológica, social y cultural [...]” (Suescún, 2007: 233). Esta diferenciación y cambio del cuerpo a través de los espacios y el tiempo, es lo que nos lleva a analizar los diferentes escenarios que se suscitan al afirmar que yo soy latinoamericano, pero también soy mexicano; que sea precisamente este último *yo soy* es lo que provoca toda una carga significativa, y una separación de *los otros*.

Dentro de este último punto a tratar en este Artículo de investigación, me adentraré precisamente en la escritura del cuerpo como representación de la nación colombiana, donde las fronteras entre lo ficcional y lo real se van desdibujando en la narración de estos cuerpos abyectos que representan una sociedad, y con ello una significación de sí mismos ante lo global. Este desdibujamiento puede verse reflejado en los trabajos de campo realizados por Pamela Villacres, donde se hace notoria la popularidad de la que gozan las prostitutas colombianas, incluso fuera de su propio espacio geográfico: “[...] el ingreso de colombianas a la industria del sexo quiteña constituyó un valor agregado en la oferta de comercio sexual, puesto que se trataba de mujeres voluptuosas y atractivas, similares a las que aparecían en la televisión, pero con la importante característica que podían estar a su alcance con la compra de una ficha” (Villacres, 2009: 82). Y es precisamente la posibilidad de

acceder a estas mujeres *aparentemente* imposibles, lo que otorga un valor significativo a su comercio, pues lo ficcional se ha vuelto palpable.

Por tanto, al escribir sobre el cuerpo, se describe también la cultura en la cual éste ha sido formado, pues: “Dentro de las metáforas de esta noción de valores culturales está la figura de la historia como un instrumento implacable de escritura, y el cuerpo como medio que debe ser destruido y transfigurado para que surja la ‘cultura’” (Butler, 2001: 162); es decir, que el cuerpo nos narra una historia y, al ser transformado, nos habla también de la mutación del espacio del que es narrador.

Lo anterior es claro dentro de la novela presentada por Gustavo Bolívar, pues el conflicto en el aumento del busto de Catalina refiere análogamente al deseo de crecimiento del poder entre el Estado y el Narcotráfico. La historia que se nos narra es la de un cuerpo abyecto con la necesidad de enriquecerse, de aumentar de tamaño, ya sean las tetas o el poder. “Basada en un hecho real”, así es como se anuncia la serie televisiva, y que sujeta la obra escrita a su carácter real/ficcional, pero como ya he referido con anterioridad (siguiendo a Beatriz Preciado y Judith Butler) no existe completamente lo *real* y tampoco lo *ficcional*.

De este modo, así como la cirugía plástica pretende la transformación *casí* natural de un cuerpo; la literatura del Narcotráfico (colombiano) se vuelve un simulacro de la realidad, pues no termina de ser real ni tampoco termina siendo del todo ficcional, volviéndose así una literatura móvil que transita entre ambos espacios; cuyas herramientas son la hipérbole de la realidad¹⁰, así como la ironía y/o la parodia de la misma, donde: “la parodia se ha usado para impulsar una política de desesperación, que afirma la exclusión aparentemente inevitable de los [cuerpos] marginales del territorio de lo natural y lo real” (Butler, 2001: 177). Como ser abyecto, esta política de desesperación revela la condición de mujer-objeto, donde el personaje de Catalina, al ser un agente de doble negación (empieza sin tetas, termina sin tetas), matemáticamente nos concede un positivo, es decir, la legitimación del poder; por lo cual, se podría afirmar que dentro del sistema patriarcal del mundo narrado por

¹⁰ En una entrevista realizada a la escritora Mayra Santos-Febres, sobre la hiperrealidad, y cómo ésta podía vincularse con el Narcotráfico, expresó al respecto: “creo que es más, centrar acerca del cuerpo como un lugar donde se mete la realidad [...] reflexionar sobre las literaturas y los gustos, y las estéticas, que salen de esa cultura del narcotráfico, yo creo que es imprescindible ahora mismo, por lo menos intentar pensarlas. No son las del realismo mágico, es una poética de otra índole y yo llamaría hiperreal” (Santos-Febres, [s/a]).

Gustavo Bolívar, no es del todo ilógica la afirmación de que “SIN tetas NO hay paraíso”, estando ya dentro de este juego de dobles negaciones que se transforman en un *todo* positivo.

Me habló de las tetas de colores y usadas que le puso Mauricio Contento *para llevarla a su cama*. De las tetas talla 40 y sobre una cirugía reciente que le hizo un falso médico [...] *para llevarla a la cama*. Las cosas que le otorgó Marcial Barrera, incluido su estatus de mujer casada, *para llevarla a la cama*. De las artimañas de Albeiro para no revelar su gusto por doña Hilda antes de *llevarla a la cama*. De hecho, y haciendo cuentas sobre la dependencia de los hombres hacia las vaginas, se preguntó aterrada, en medio de su disertación: ¿Qué hubiera sido de ella si no hubiera tenido una? (Bolívar, 2009: 232)¹¹.

La repetición constante de “llevarla a la cama” forma parte de esa performatividad dentro de lo social, entendiendo que “la performatividad no es pues un ‘acto’ singular, porque siempre es la reiteración de una norma o un conjunto de normas y, en la medida en que adquiere la condición de acto en el presente, oculta o disimula las convenciones de las que es una repetición” (Butler, 2001: 34). Con la cita anterior, los agentes masculinos también están formando parte de esas mismas reiteraciones, pues cumplen con las condiciones previas (normatividades) para poder acceder a este sujeto femenino; es aquí donde lo social se vuelve performativo pues se realizan actuaciones/rituales dentro de la realidad que tienen un fin último: “llevarla a la cama”. De este modo, el poder permanece oculto, pero se legitima en la medida en que se reiteran sus normatividades, así como en los *actos* en los que éste interviene.

“Sobredosis de bala y silicona”: el cuerpo/nación

El ser humano como un agente condicionado por lo social, está sujeto a las transformaciones de su entorno. Dichas modificaciones en el medio, pueden o no tener un impacto directo sobre este sujeto político, pero lo que no se puede dudar es que existen mecanismos de poder que se insertan en el subconsciente aun antes de formar parte de un sistema social, es decir, que todo individuo está sujeto a la construcción física y cognitiva de su *identidad*. Dicho de otro modo, el yo de la identidad

¹¹ Cursivas mías.

nunca llega a ser completamente un yo individual, pues responde a las conductas y normas que se establecen alrededor: “el cuerpo es un medio de expresión altamente restringido, puesto que está muy mediatizado por la cultura y expresa la presión social que tiene que soportar. La situación social se impone en el cuerpo y lo ciñe a actuar de formas concretas; de hecho, el cuerpo se convierte en un símbolo de la situación” (Entwistle, 2002: 29).

Para actuar en contranorma de un sistema es necesario la reiteración o inscripción de otras normatividades, es así que la negación del mismo es parte de la afirmación de su propia existencia. Por lo tanto, nunca se está dentro ni fuera de la norma, sino que se transita y se vuelve sobre la misma de forma circular, puesto que la reiteración es parte de ese *volver*, en este caso, al punto inicial. Esta falta de progreso viene a dar tope con la ironía o la paradoja (recurso muy utilizado por el autor), lo cual se ve reflejado al final de la novela:

Nunca antes la vida le demostró con tanta claridad sus paradojas como esa noche en la casa de citas cuando un hombre elegante y bien hablado se acercó a Catalina y la abordó con decencia ofreciéndole un trago [...] El inocente interlocutor de los narcos le sugirió con indirectas que se mandara a operar. Le dijo que tenía todo para triunfar en ese esquivo mundo pero que le faltaban las tetas [...] Catalina sintió que nada en el mundo podía ser tan paradójico y, aunque quiso volver a reír ya no pudo hacerlo. La risa se le había secado (Bolívar, 2009: 229-230).

Además de la paradoja de la cual explícitamente nos habla el texto, se hace notar precisamente esa falta de progreso que se convierte en un círculo vicioso. Catalina podría haber aceptado nuevamente formar parte de este sistema, sólo que ahora ella es consciente de cómo es que éste se maneja. Entonces, tomando como ejemplo aquella frase popular de “Quien no sabe de Historia está condenado a repetirla”, Catalina rechaza la oferta del hombre, y al mismo tiempo se está negando como sujeto político del narcosistema; pero tampoco pertenece al sistema legal, por lo cual se convierte en ese ser abyecto de ambos espacios. Literariamente esto ha tenido un significado histórico como ha señalado Juliano, pues: “Los autores del siglo XIX asignaban a estas protagonistas un final trágico ya que, como señala Sánchez Ortega, las costumbres

de la época no hubieran tolerado un final feliz para las infractoras [...] La prostituta es aquí claramente presentada como víctima de una sociedad farisea y pusilánime” (Juliano, 2002: 73). Catalina, así pues, cumple con su carga de víctima al no tener un final feliz, lo que resulta curioso, pues tanto visual como textualmente la palabra “pusilánime” es repetitiva en la obra de Gustavo Bolívar, como si al calificar a su personaje de esta manera estuviera incluyendo a toda una sociedad apática y sin oportunidades de triunfo.

Aunque Catalina termina huyendo de su situación, y he dicho que se ha negado como sujeto de estos dos sistemas, esto no quiere decir que su cuerpo no pueda ser una metáfora de la nación, entendida como la sociedad que representa, la sociedad marginal. La cumbre de este cuerpo son las tetas, es decir, los poderes Estado-Narcotráfico, lo cual significa que esta sociedad sigue estando subyugada al crecimiento y fortalecimiento de ambos. Sin embargo, es claro que dentro de un conflicto alguno de estos dos bandos tenderá a enriquecerse, lo cual sólo puede traer como consecuencia el desequilibrio del cuerpo:

miró al doctor Molina para que le explicara por qué uno de los implantes era azul, corrugado y de un tamaño distinto al otro que era amarillo, liso y pesaba menos. El doctor Molina volvió a responder con otra pregunta [...] le tocaba saber si ella se había acostado con él a cambio de la operación. Catalina respondió con un silencio tímido y el doctor Molina comprendió, de inmediato, el por qué de tan repugnante cirugía con implante de segunda (Bolívar, 2009: 211).

En el primer colapso de la silicona puede verse la metáfora de la corrupción mediante la cual se implantaron. La desigualdad de los tamaños no era aparente a simple vista, sino que debieron ser extirpadas para hacerse notar, por lo cual, si se piensa en la cita anterior como una metáfora de la sociedad, se puede pensar que lo mismo ha sucedido con los mecanismos de poder desiguales dentro del sistema, y que los problemas internos no son notorios hasta que salen a la luz.

Siguiendo con la metáfora anterior, aunque el cuerpo no sea plástico, las tetas sí lo son y, por lo tanto, pueden aumentar suplantándose por otras bases, de tal manera se nos hace consciente de que estos poderes son suplantables pero perdurables y, en realidad, quien recibe

los efectos negativos es la sociedad, el cuerpo/nación. Así pues, “el modo en que llegamos a vivir en nuestros cuerpos está estructurado por nuestra posición social en el mundo, pero estas estructuras son reproducidas únicamente mediante las acciones materializadas de los individuos” (Entwistle, 2002: 55). La posición social de la marginalidad y su materialización, son los mecanismos de poder que se han inscrito y, por tanto, también han construido al cuerpo. Pero a pesar de que los poderes sean los mismos, requieren de la incorporación de bases que los transformen y les confieran la autoridad sobre estos individuos, quienes terminan cargando el peso de los mismos:

el aumento de talla le estaba trayendo muchos problemas colaterales. La columna ya empezaba a doblársele, su espalda no soportaba tanto peso y, en las noches, sentía mucho frío en el pecho por el material de la prótesis. Además, su piel empezaba a tensionarse de manera absurda ante el ataque de dos prótesis que sumadas podían pesar un kilo. Pero lo peor estaba por venir. Catalina empezó a notar que la piel de sus senos estaba empezando a surcarse, como cuando una tela está a punto de romperse (Bolívar, 2009: 216).

En esta cita, el cuerpo del individuo (cuerpo social) comienza a perder su propio sustento, el doblamiento de la columna vertebral, de tal modo que la base social comienza a perder fuerza mientras que los propios poderes en aumento presentan esas grietas/fugas en su propia construcción. Esto podría verse como un claro ejemplo del resquebrajamiento social, entendido como el propio límite del cuerpo, donde la opción para restablecer el equilibrio sería la disminución de talla (de poder) de estos dos miembros del cuerpo. Sin embargo, este límite o desplazamiento podría apreciarse también en un sentido de revolución, que históricamente sólo ha representado más pérdidas en la nación colombiana, lo que vuelve a conducir al conflicto en este cierre circular de ida y vuelta al mismo lugar de inicio.

Tales actos, gestos y realizaciones [...] *son performativos* en el sentido de que la esencia o la identidad que pretenden expresar son *inventos* fabricados y mantenidos mediante signos corpóreos y otros medios discursivos [...]. Esto también indica que si dicha realidad se inventa como

una esencia interior, esa misma interioridad es un efecto y una función de un discurso decididamente público y social, la reglamentación pública de la fantasía mediante la política de superficie del cuerpo (Butler, 2008: 167).

De esta forma, el cuerpo se ha convertido en una representación de la nación, imitando y simulando los patrones que se han escrito en él, pero a manera de venganza ha evidenciado los resquebrajamientos y los inventos que los poderes han fabricado sobre este cuerpo social. De tal manera que el segundo colapso de silicona, donde ambas tetas se vuelven una, termina por señalar precisamente la igualdad de estos poderes entre sí, pero remarcando, al mismo tiempo, el límite que existe entre ambos hacia el cuerpo:

Ella no lo sabía pero la piel de su esternón, la piel que divide los senos, la que sirve de valle central de ese par de montañas estrambóticas que ahora tenía, estaba a punto de colapsar [...]. Sus senos se fueron juntando con parsimonia mientras aparecían estrías espantosas que anunciaban el paulatino desprendimiento del cuero del esternón (Bolívar, 2009: 219).

Este colapso presenta una llamada de atención hacia la situación actual, esa cotidianidad que se ha convertido en una narcotidianidad (Rincón, 2009)¹². La extirpación de este par de tetas no representa una solución, pues el cuerpo ya ha sido mutilado y, por tanto, también marginado por estar fuera de ambos sistemas. El límite del cuerpo, su *natural* resistencia a estas imposiciones (tetas/poderes), lo que podría ser una revolución es en realidad la muestra de que socialmente se ha acabado con los cuerpos, con los individuos y, asimismo, con la nación. El límite que evidencia a estos poderes termina convirtiéndose en una legitimación de la necesidad de adaptarse o mutilarse.

El último párrafo de la vida de Catalina que nos narra Gustavo Bolívar, "Pelambre Cel", nos hace referencia a un pasaje bíblico donde aquel que ha estado fuera de la norma es redimido y reconfortado con la promesa de "hoy estarás conmigo en el paraíso" (Lucas 23:43)¹³; sin embargo, para Catalina esto es "Pura mierda, sin tetas no hay paraíso" (Bolívar,

¹² Este concepto proviene del artículo "Narco.estética y narco.cultura en Narco.lombia", de Omar Rincón (2009).

¹³ Consulta en línea de Biblia Reina Valera 1960, en el sitio Biblegateway.com <<http://www.biblegateway.com/passage/?search=Lucas+23%3A43&version=RVR1960>> (14 de mayo de 2012).

2009: 241), debido a que como sujeto de tráfico: “El transeúnte, como el danzante, como el poseído, como el iniciado en los ritos de paso, en efecto, no posee nada” (Delgado, 2002: 114). Efectivamente, Catalina nunca fue poseedora de *nada*, pues nunca fue realmente dueña de su cuerpo ni de las ganancias del mismo, así como tampoco fue dueña de una identidad, sino de la construcción de un sujeto político perteneciente a esta narcosociedad. Por ello, tanto social como narrativamente, Catalina estaba condenada a no pertenecer ni al sistema legal ni al ilegal, pues el conflicto es circular, y la legitimación de uno vendría a significar que el problema tiene una aparente solución, cuando en realidad, es a la sociedad colombiana a la que le ha tocado ser este cuerpo que carga consigo el peso de unas siliconas corruptas.

En conclusión, la novela *Sin tetas no hay paraíso* es una muestra literaria de las situaciones reiterativas que no permiten el progreso, así como la falta de atención hacia los sectores marginados. Esta reiteración se hace evidente en la construcción del cuerpo del personaje principal, un cuerpo que responde a los mecanismos de poder que se van inscribiendo en él. La performatividad, es decir, ese ejercicio de reiterar las normatividades *apropiándose* de ellas, como es la decisión de implantarse silicona, dejó de ser una decisión autónoma para convertirse en una legitimación del poder del Narcotráfico. El cuerpo que Gustavo Bolívar nos presenta responde a las ofertas y demandas de los poderes al mando; es, en fin, un cuerpo que se consume, pero también es un cuerpo consumidor de artefactos que lo moldean y lo encubren.

Bibliografía

- Biblia Reina Valera 1960* (s/a), en Biblegateway.com. <<http://www.biblegateway.com/passage/?search=Lucas+23%3A43&version=RVR1960>> (14 de mayo de 2012).
- Bolívar Moreno, Gustavo (2006), *Sin tetas no hay paraíso*, en <youtube.com>, a través del canal del usuario pedrodj23, (28 de diciembre de 2011).
- (2009), *Sin tetas no hay paraíso*, Ciudad de México: DeBolsillo.
- Butler, Judith (2001), *El género en disputa: el feminismo y la subversión de la identidad*, Ciudad de México: Paidós.
- (2008), *Cuerpos que importan: sobre los límites materiales y discursivos del "sexo"*, Buenos Aires: Paidós.
- De Barbieri, Teresita (1992), "Sobre la categoría de género. Una introducción teórico-metodológica", en *Revista interamericana de sociología*, núms. 2-3, año vi, 147-178.
- Entwistle, Joanne (2002), *El cuerpo y la moda. Una visión sociológica*, Barcelona: Paidós.
- Hill, Ricardo (2004), *El cuerpo como empresa: los sexi-servidores*, Buenos Aires: Lumen.
- Juliano, Dolores (2002), *La prostitución. El espejo oscuro*, Barcelona: Icaria.
- Múñiz, Elsa (coordinadora) (2010), *Disciplinas y prácticas corporales: una mirada a las sociedades contemporáneas*, Ciudad de México: UAM-Azcapotzalco.
- Prieto Stambaugh, Antonio (2005), "Los estudios del performance. Una propuesta de simulacro crítico", en *Citru.doc. Cuadernos de investigación teatral*, núm. 1, Ciudad de México: Centro

- Nacional de Investigación Teatral Rodolfo Usigli (CITRU) CONACULTA, 52-61.
- Preciado, Beatriz (2005), “Tecnologías del sexo”, en *Manifiesto contrasexual: Prácticas subversivas de identidad sexual*, España: Opera Prima, 118-135.
- Rincón, Omar (2009), “Narco.estética y narco.cultura en Narco.lombia”, en *Nueva Sociedad*, núm. 222, 157-163. <http://www.nuso.org/upload/articulos/3627_1.pdf> (25 de septiembre de 2010).
- Rubin, Gayle (1997), “El tráfico de mujeres: notas sobre la ‘economía política’ del sexo”, en Marta Lamas (coordinadora) *El género: la construcción cultural de la diferencia sexual*, Ciudad de México: Porrúa, 35-95.
- Santos-Febres, Mayra (s/a), “Entrevista Mayra Santos-Febres (CONELL x)”. <<http://www.youtube.com/watch?v=CyhynFhZHqw&feature=plcp>> (28 de mayo de 2012).
- Suecún Pozas, María del Carmen (2007), “La modernidad, el cuerpo y el orden político en Colombia (1930-1948)”, en Zandra Pedraza Gómez (compiladora) *Políticas y estéticas del cuerpo en América Latina*, Bogotá: Universidad de los Andes/Ediciones Uniandes, 227-258.
- Villacres Manzano, Pamela (2009), *La industria del sexo en Quito: representaciones sobre las trabajadoras sexuales colombianas*, Quito: Ediciones Abya-Yala.

Cecilia Noemí Domínguez Montañez. Pasante de la licenciatura en literatura latinoamericana por la Universidad Autónoma de Yucatán (UADY). Líneas de investigación: literatura de narco tráfico, espacios, desterritorialidades, e identidad.

Fecha de recepción: 20 de septiembre de 2012.

Fecha de aceptación: 24 de noviembre de 2012.